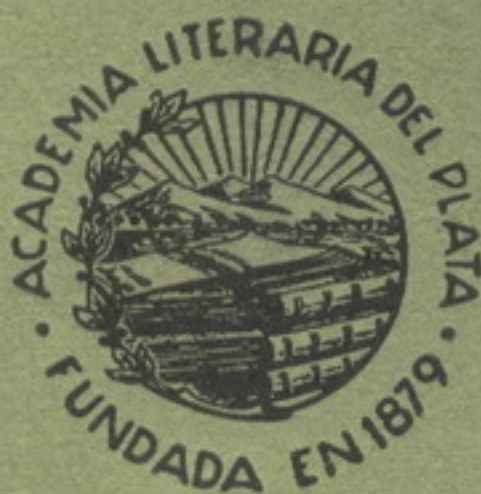


ESTUDIOS



SETIEMBRE 1946

No. 411

DIRECCION Y REDACCION

CALLAO 542

ADMINISTRACION

EDITORIAL
"HUARPE" SA

BC

H US 156

ESTUDIOS

CALLAO 542
U. T. 47 - 8302

BUENOS AIRES

Setiembre de 1946
TOMO 76 - No. 411

COMENTARIOS

TEXTO UNICO

I. Las tendencias totalitarias y la pedagogía nacional. Las tendencias totalitarias, cuyo auge en las últimas décadas hubo de causar a la humanidad los in-

gentes daños que ha sido dado presenciar a las actuales generaciones, se enseñorearon de la docencia produciendo en los sistemas de educación de los países afectados, movimientos de regresión en orden a las tres libertades que configuran todo proceso educativo organizado compatible con la dignidad de la persona humana y sus derechos esenciales: la libertad del padre de familia de educar a sus hijos dentro del orden de sus legítimas preferencias; la libertad de cátedra y la libertad de expresión didáctica en cuanto a los auxiliares del maestro, los libros de textos y demás complementos de su labor lectiva. Estas libertades son las que la Constitución Nacional resume en una sola: libertad de enseñar, que, como todas las que reconoce el Código fundamental, se hallan sujetas a las leyes que reglamentan su ejercicio. Obvio es agregar que toda reglamentación ha de tender precisamente a posibilitar el cumplimiento de un precepto, nunca a desconocerlo, coartarlo ni mucho menos hacerlo imposible ni en su letra ni en su espíritu.

Dichas tendencias totalitarias encontraron acogida en círculos intelectuales, selectos cuanto restringidos, de nuestro país; espíritus no suficientemente inmunizados a quienes hubo de seducir la cohesión filosófica sistematizada de los sistemas totalitarios, su aparente coherencia intelectual y el espejismo deslumbrante de los Estados que, al concentrar en sí todos los derechos propios del individuo y de los núcleos sociales, dan la sensación de extraordinarias energías y fuerzas unitivas sin límites.

Con todo y con tratarse como decimos de círculos intelectuales de restricción, capillas o grupos sin verdadera trascendencia en el pensamiento argentino, su ardimiento, la sugestión de su novedad y, sobre todo, circunstancias ocasionales derivadas de fuertes corrientes populares de disconformismo social y político, hicieron que las filosofías totalitarias encontraran acogida propicia en el seno de sanos y patrióticos movimientos de carácter argentinista, llegando así a influir en diversos órdenes de concepciones, entre ellas, las atinentes a la pedagogía nacional.

II. El texto único, expresión de totalitarismo docente. Es necesario advertir que sólo en esta forma oblicua, de indirecto modo, han podido tales concepciones ganar adeptos en los ambientes de nuestra instrucción pública. El espíritu argentino, lo que llamaríamos la argentinidad, saturada como está de poderosas esencias de cristianismo en virtud del catolicismo tradicional de nuestro pueblo, repugna toda expresión de totalitarismo, todo monopolio estatal, cualquier avance del Estado sobre el individuo.

El texto único, concepción de típico corte totalitario, adoptado por Italia, Alemania y el Japón, como lógica resultante de la escuela, el colegio, la universidad, única y estatal que en dichos países había de conformar los niños y los jóvenes para los regímenes respectivos, no ha sido preconizado entre nosotros, en tal carácter.

Preguntad, en efecto, a un maestro, a un profesor, a un intelectual argentino, sobre el juicio que puede merecerle la adopción de un texto único de lectura, de Historia, de Ciencias, como expresión del pensamiento que el Estado quiera ver, con excepción de cualquier otro, reproducido en todos y cada uno de nuestros niños, de nuestros adolescentes, de nuestros ciudadanos. Semejante alarde de tiranía sublevará su ánimo; y podemos afirmar que sufragio alguno habría de contar entre nosotros; no en vano somos un pueblo libre.

III. Tentativa de introducción del texto único: su carácter. ¿Cómo entonces se ha podido introducir una concepción totalitaria en el terreno docente como la del texto único?

Por vía completamente indirecta. Si examinamos las tentativas habidas hasta la fecha: Decreto Ortiz-Coll de 1940, sobre texto único de Historia; proyecto senador Forteza, julio 1946, por Buenos Aires; y proyecto Tesaire-Saadi-Sosa Loyola, 1946, de ley Nacional de gratuidad de enseñanza y texto único, encontramos en ellas o bien una consideración de orden patriótico: necesidad de defender la mente de los niños y de los jóvenes contra ideologías que podrían inficcionarlas comprometiendo su formación ciudadana; o bien de orden económico referidas a la carestía de la vida y a la necesidad de descargar a los hogares de los gastos de adquisición de libros, que suelen hacérseles insoportables, especialmente en los hogares modestos.

Sólo así, encubiertas en tan atrayentes mantos, puede una concepción

totalitaria prender en un espíritu libre; pero basta un ligero análisis para comprobar que el manto es tan engañoso como innecesario; que la defensa de las mentes escolares no necesita del texto único para ejercerse, sino que son suficientes los concursos previos donde los jurados deban pronunciarse sobre las cualidades morales, patrióticas, didácticas, científicas y artísticas de los textos, jurados sin cuya aprobación no podrá ser texto alguno adoptado en las aulas; y que para abaratar los libros no es necesario que el Estado imponga uno único editado por él, en cada materia, cada año y cada especialidad, sino que baste con que fije precios máximos de venta a los textos o los adquiera para su donación gratuita a los escolares.

IV. El proyecto de Ley Pío Gandolfo, de 1939. El primer antecedente de intervención del Estado en las actividades editoriales se refiere al Proyecto de ley de creación de una Comisión Nacional del Libro, del diputado nacional doctor Pío Gandolfo (18 de agosto de 1939). La Comisión a crearse organizaría, centralizándola en manos del Estado, todo lo referente al mercado de librería, en su aspecto comercial, en defensa de la industria nacional y de los derechos de los autores.

El estudio de este proyecto motivó que el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, solicitado al efecto por la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, se dirigiera a las Academias Nacionales requiriéndoles su dictamen. Igualmente fueron requeridos las de las instituciones científicas y culturales de significación: Academia Argentina de Letras, Academia Nacional de Historia, Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, Sociedad Argentina de Escritores y Comisión Nacional de Cultura. El rechazo del proyecto fué unánime.

V. El Decreto Coll sobre texto único de Historia. Una iniciativa sobre edición estatal de texto único que mereció en su hora la repulsa de todas las asociaciones docentes, culturales y de la opinión pública, al punto de haber sido abandonada desde el primer momento, fué el Decreto del P. Ejecutivo de 27 de agosto de 1940, suscrito por el Ministro doctor Jorge E. Coll, que abría un concurso para la adquisición, en carácter de texto único para los alumnos de los establecimientos de la enseñanza de la República, de un Manual de Historia Argentina. Como decimos, el Decreto referido no alcanzó ni a tener un principio de ejecución.

Tanto el Proyecto Gandolfo, que miraba a defender en su aspecto económico las ediciones argentinas como el Decreto Coll, cuyo objeto primordial era el de preservar la enseñanza de la Historia Patria de determinadas tendencias que podrían afectar la formación del espíritu ciudadano, no fueron presentados ni quizás estimados por sus autores como expresiones de totalitarismo; pero la fina sensibilidad de nuestros intelectuales, hombres de ciencia, profesores y de los órganos de la opinión pública, tanto liberales como católicos, supo advertir el grave peligro que para la libre expresión

de pensar, didáctica y metodológica, se ocultaba tras iniciativas como las expuestas aparentemente enderezadas a intrascendentes objetivos.

V. Proyectos actuales de texto único. En nuestros días, y siempre con referencia a la consecución de finalidades de alta simpatía social y docente como serían la de combatir la carestía de la vida y el costo de la enseñanza, han aparecido nuevos proyectos de edición estatal —del senador Forteza, de la Provincia de Buenos Aires— y de texto único —de los senadores nacionales Tessaire, Saadi y Sosa Loyola.

En cuanto al primero de dichos proyectos ha provocado ya una representación conjunta ante el Senado de Buenos Aires, de la Cámara Argentina del Libro y de la Asociación de Industriales Gráficos de la República que publicamos en nuestra Sección "Documentos" de este mismo número.

El segundo ha movilizado ya en su contra sectores respetables de opinión de los que se han hecho eco en sendos editoriales "El Pueblo" y "La Prensa", de esta Capital, y "El Día", de La Plata, entre otros, de completo repudio para la iniciativa; siendo de advertir que en dichos comentarios se salva el principio de la gratuidad que el proyecto Tessaire-Saadi-Sosa Loyola prescribe para la enseñanza secundaria. ¡Lástima grande que sus autores no hayan abarcado el panorama total de la enseñanza media, que no sólo es la que se dicta en los colegios del Estado, sino en los establecimientos incorporados! Estos últimos son creaciones de la libertad de enseñanza prescrita en nuestra Constitución y arraigada en nuestras costumbres y tradiciones nacionales. ¿Por qué entonces habría que excluir del beneficio de la gratuidad a unos argentinos en abierta desigualdad con otros? Esperemos que una rectificación posterior habrá de abrirse paso en esta cuestión.

VII. El texto único, solución innecesaria. Pero ni la gratuidad, ni la boratura de los textos, ni la necesidad de combatir la carestía de la vida tornan necesaria la adopción de un texto único; tampoco el atender la formación intelectual y ciudadana de los escolares.

La Provincia de Buenos Aires tiene ya una reglamentación de textos por concurso que data de 1943; de acuerdo con la misma, el Consejo General de Educación aprueba los textos escolares y fija los precios, tanto para el público como para la repartición.

El Ministerio de Justicia e Instrucción Pública tiene también establecido, por Decreto de 15 de marzo de 1941, los concursos de textos y junto con la aprobación de los mismos fija los precios de venta, adelantándose en tal forma a la legislación vigente sobre precios máximos.

El Consejo Nacional de Educación tiene también establecidos los concursos de textos con una reglamentación severa de calidades y precios máximos de venta, incorporada al Digesto.

VIII. La solución del problema. No está, como se vé, en modo alguno abandonada por el Estado ni la inteligencia, ni la formación moral y patriótica, ni aun la economía de los escolares en las actividades editoras didácticas.

No es, pues, necesario llegar al texto único —repugnante expresión totalitaria— como se ha dicho, para que el texto argentino sea como ha sido, en general, y hasta la fecha, uno de los mejores entre sus similares del continente.

El sistema actual de concursos, que puede completarse con un régimen legal de gratuidad mediante la adquisición por el Estado de textos para todos los escolares necesitados, sin distinción de alumnos oficiales, incorporados o libres, es suficiente para que las previsiones patrióticas de los legisladores nombrados se cumplan sin necesidad de afectar principios que el pueblo argentino tiene colocados en lo más íntimo de su ideario nacional.

LOS PROGRAMAS DE 4º. y 5º. EN LA ENSEÑANZA MEDIA

Aceptables con reparos. Los programas de las materias de 4º y 5º años para las diversas especialidades de la enseñanza media, publicados este curso como consecuencia de la entrada en vigencia del segundo ciclo del bachillerato, magisterio y escuelas de comercio, responden, en líneas generales, al criterio positivista que informa los actuales planes de estudio; si bien se advierte en su redacción y, más aún, en las instrucciones que acompañan a los de algunas asignaturas, la tendencia formativa hacia la que en lenta evolución, va orientándose nuestra instrucción pública.

La ausencia, al parecer, de directivas firmes y precisas en este aspecto hace que los programas presenten acentuadas diversidades en cuanto a su potencialidad formativa en el aula. Se diría que si ha habido alguna instrucción al respecto ha sido simplemente formal, dejando librado a la mayor o menor adhesión de los redactores de los programas a principios hoy debatidos en la pedagogía nacional, el definir la orientación informativa o formativa de la enseñanza de cada asignatura en particular.

La ausencia, al parecer, de directivas firmes y precisas en este aspecto hace que los programas presenten acentuadas diversidades en cuanto a su potencialidad formativa en el aula. Se diría que si ha habido alguna instrucción al respecto ha sido simplemente formal, dejando librado a la mayor o menor adhesión de los redactores de los programas a principios hoy debatidos en la pedagogía nacional, el definir la orientación informativa o formativa de la enseñanza de cada asignatura en particular.

Aceptables, en general —en cuestión de programas venimos de tiempo atrás fluctuando entre los malos y los peores—, debemos, a fuer de sinceros, formular algunas observaciones tras de las cuales, más que con ánimo aristarco o correctivo, debe verse el espíritu de cordial colaboración con que siempre encaramos las cuestiones referentes a nuestra instrucción pública.

Regresión en los programas de Higiene. De mayor a menor tropezamos

así en los programas de Higiene para varones de las mencionadas especialidades, con asuntos referentes a las enfermedades venéreas y a la sífilis, que incluyen el estudio de las mismas y de los dispensarios y establecimientos destinados al diagnóstico, tratamiento y profilaxis de tales afecciones.

Por cuanto su origen lo es casi siempre por razones sexuales, un criterio moral y vigilante sin necesidad de llegar a lo estricto, veda que estas cuestiones, como todas las referentes a la educación sexual, sean dictadas colectivamente a jóvenes cuya edad hace que el discernimiento no sea capaz aún de sobreponerse, en cuanto al mecanismo del conocer, a la inhibición que en la inteligencia juvenil produce toda referencia a las cuestiones del sexo.

Esta inhibición se manifiesta, en cuanto al orden de las clases y marcha didáctica de la materia, en una lamentable dispersión intelectual provocada por la presencia de imágenes de mayor o menor sugestión erótica, que provoca a su vez, sugestiones de orden secundario, aguijoneados por la sensación de ser simultáneamente compartidas por todos los compañeros de clase, cuya tendencia a la interrupción, al chiste, a la frase insinuante, pícaro, a veces, cuando no obscena, convierte las aulas, por un momento, en torpes asociaciones de muchachos con nefando regocijo de los malos y escándalo de los buenos que, aunque no lo crean quizás los que prestigian estas enseñanzas en las clases secundarias, los hay entre los jovencitos de los años superiores.

Los tópicos de educación sexual así impartidos más propicios resultan a crear ambientes donde la corrupción del menor tenga su asiento, que a que adquiera conocimientos que hayan de serle útiles para su salud individual y la del organismo social; noble fin que, sin duda, es perseguido por quienes prescriben la impartición de los mencionados conocimientos.

La educación sexual de los jóvenes no puede ser colectiva sino individual, como ajustada que ha de ser a cada individuo que es, en este terreno, distinto de cada uno de los demás por su desarrollo físico, su ambiente familiar, su misma personalidad moral que configura su grado de inocencia y el poder de sus reacciones ante los fenómenos del sexo.

De aquí se deduce lo que es casi lugar común entre médicos y psicólogos: que la educación sexual y cuanto a ella se refiere debe ser impartida por los padres cuanto sea posible, que no siempre puede serlo por inhibiciones de orden diverso a las ya advertidas; y en su defecto por las personas, sacerdotes, parientes, mayores, etc., en que los padres descarguen, con estricta conciencia de sus deberes y responsabilidades, aquella obligación.

Cabe advertir al respecto, que los hogares donde se reclutan nuestros alumnos de los colegios nacionales, escuelas normales, liceos, etc., no son, por cierto, de tan retrasada expresión cultural como para que el profesor del Colegio o Escuela Normal o de Comercio deba avanzar en sus funciones

y sustituir al padre de familia en aspecto tan esencial de la formación y educación del hijo como los que discurrimos.

El incluir en los programas de Higiene los tópicos argüidos supone así un doble error: de necesidad y de conveniencia.

En cuanto a los alumnos de los institutos religiosos, dichos asuntos, como temas lectivos, son perfectamente inútiles, pues la índole de su enseñanza, los relega al plano de lo religioso y lo moral, como exigencia de la formación cristiana.

Gran servicio prestaría el Ministro de Justicia e Instrucción Pública a los jóvenes de su Patria, y a la educación nacional, si retirara la aprobación ministerial a estos temas relativos a la educación sexual. Sus antecesores, desde el Doctor Salinas hasta la fecha, lo han hecho sin vacilar; pero cada vez que nuevos programas se redactan, vuelven a reaparecer como si no pudieran aprobarse programas sin tales afeamientos. Tanto más de lamentar cuanto que sin ellos, los programas de Higiene que comentamos están modernamente encarados, son más completos y resultan en alto grado eficientes.

Desconcierto en los Programas de Literatura. En otro orden de ideas, los programas de Literatura Española, buenos también y meditados, contienen una nota desconcertante. Entre los prosistas modernos, cuya nómina de los de primera magnitud, ocuparía algunas páginas de esta revista —tan brillante ha sido el renacimiento de la prosa española desde la generación del 80 hasta la fecha—, el programa de Literatura exige tres: Valera, Menéndez y Pelayo y Ramón y Cajal. Sólo el ver escrito el nombre del sabio y mundialmente conocido histólogo don Santiago Ramón y Cajal al lado de esas cumbres del idioma que fueron don Juan Valera y sobre todo, el grande y sin par don Marcelino Menéndez y Pelayo, causa una sensación de desconcierto. Uno tiene que recordar que, efectivamente, Ramón y Cajal, escribió algunas cositas, ¿quién no lo ha hecho entre los intelectuales españoles de hace sesenta años? Cositas que, como eran de Ramón y Cajal tenían por fuerza que encontrar editor y lectores. Así leímos nosotros, casi por razón de estado, algunas "Charlas de café" del descubridor de la cariocinesis; y así también, uno de los índices más completos que se conoce de autores españoles —Índice de Autores y de Obras anónimas (pág. 1005 al 1144) de Historia de la Literatura Española, de Hurtado y Palencia, V edición, Madrid, 1943—, cita entre toda una constelación de prosistas españoles, a don Santiago Ramón y Cajal como autor de un prólogo a un libro de Poesías de Marcos Zapata y dos libros de Memorias, *Mi infancia y mi juventud* (1901) e *Historia de mi labor científica* (1917). Por supuesto, que sin abrir siquiera juicio sobre tales producciones, que aparecen registradas únicamente en un alarde bibliográfico, por cierto no superado en obras de su naturaleza.

Pues bien, para los programas de Literatura de nuestro 4º año, Ramón y Cajal aparece integrando la trilogía de nuestros prosistas al lado de esa cumbre de Menéndez y Pelayo. ¿Dónde quedan Menéndez Pidal, Azorín, Ortega y Gasset, Pío Baroja, Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Gabriel Miró, Ricardo León, Fernández Flores, Unamuno, Eugenio D'Ors, el P. Coloma, José María Salaverría, Vázquez Mella, Rodríguez Marín, Alonso Cortés, Eloy Bouillón y centenares de prosistas, algunos de ellos de reprobable excepticismo filosófico, pero entendámonos también, no menos reprobable que el que anima los escauceos literarios de nuestro genial histólogo?

Exceso en los Programas de Pedagogía, Didáctica e Historia de la Educación. Los programas de Pedagogía, Didáctica e Historia de la Educación y Organización escolar redactados con harto buen sentido y orientación, tendientes a la formación profesional y, dentro de su colectismo, con fuerte impregnación tradicional, pecan, en cuanto a las instrucciones que los acompañan y bibliografía que, a título informativo, incluyen, de excesiva prolijidad.

Hay que conocer nuestro profesorado, que basta que se le quiera conducir, guiar, enseñar demasiado, para que campe por sus respetos. Habrá, no lo dudamos, excepciones de profesores que a un cambio de programas se sometan a las observaciones y sugerencias fijadas por la autoridad escolar; pero, cuando, como nos ocurre a nosotros, cambiamos los programas de Pedagogía a razón de uno cada tres años, es obvio que los profesores de conciencia, los que han preparado en años anteriores sus planes lectivos de acuerdo con los programas, y han ido formando su biblioteca, a veces, con sacrificio y redactado sus clases, resistan toda innovación y sigan la senda abierta por su esfuerzo que habrá de precisar algunos años más antes que la rutina del hacer diario vaya borrando sus contornos.

Cierto es que no conviene que la autoridad escolar trabe la libre iniciativa del profesor con exceso de recomendaciones.